

preconceito (como o racismo) por parte de uma elite que rejeita tanto a temática popular do escritor baiano quanto a sua estética supostamente destituída de complexidade psicológica, filosófica ou narratológica (136-142). Por outro lado, o interesse pela obra do best-seller baiano no exterior resulta do fato de que ela apresenta material para pesquisa e reflexão a cientistas sociais e outros acadêmicos que escapam à esfera restrita da crítica literária (148-150).

Ao compor uma obra de tão amplo alcance e escorregadias veredas culturais, Piers Armstrong revela muito fôlego e muita bagagem intelectual. Na sua trajetória de fato assume os riscos inerentes a qualquer processo de larga generalização hermenêutica. Apesar de pequenos percalços, sua análise atinge, com indiscutível sucesso, os objetivos propostos. Entre as marcas positivas da obra, deve-se reconhecer sua distinta capacidade para sínteses comparativas de fenômenos complexos, obscuros e contraditórios. Entre os percalços de *Third World Literary Fortunes*, percebemos, incidentalmente, algum reducionismo de dados que compromete o discernimento de relações entre causa e efeito. Como exemplo, há uma referência ao Segundo Reinado como uma longa fase de paz, estabilidade cultural e prosperidade que facilitou a maturidade literária brasileira no século XIX (25). A relação entre paz e maturidade literária é no mínimo questionável, vide a experiência literária europeia do Existencialismo, e a norte-americana, nas mãos de William Faulkner, Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway (e tantos outros) durante e depois das duas guerras mundiais.

O leitor de *Third World Literary Fortunes* certamente encontrará outros pontos de discordância entre o que sabe da cultura brasileira, latino-americana e ocidental e o que defende o crítico australiano. Talvez seja este o valor maior desta obra ao mesmo tempo destemida e intrigante: oferecer subsídios, mesmo que polêmicos, para uma compreensão

maior dos enigmas que rondam a posição marginal da literatura brasileira, um patrimônio cultural da humanidade tão fascinante quanto desconhecido por esse mundo afora.

Dário Borim Jr.

U. of Massachusetts at Dartmouth

**Julio Schvartzman, *Microcrítica: lecturas argentinas (cuestiones de detalle)*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 1996.**

Aunque publicado en 1996, la vigencia de los temas tratados en *Microcrítica* amerita una evaluación actual del libro de Julio Schvartzman. Como dice el propio autor en su introducción, *Microcrítica* "trata de la importancia asignada al detalle". Su libro propone no sólo un objeto de estudio (el detalle literario) y un método (la lectura cuidadosa/*close reading*) sino también un formato (el comentario-fragmento). De cierta forma, tal enfoque es una provocación bastante interesante en una época en que la crítica literaria (tradicionalmente definida por su atención a los textos escritos) deja paso a la crítica cultural que lee el mundo como si fuera texto. Por medio de lecturas muy hábiles, el libro de Schvartzman abre la óptica crítica al mostrarnos la utilidad de la lupa detallista.

Aunque incluye tres ensayos nuevos, el libro mayormente es una recopilación de varios artículos escritos y/o presentados entre 1985 y 1996 (unos académicos y otros periodísticos) que discuten la literatura argentina. Casi la mitad de los ensayos analiza obras del siglo XIX (de Sarmiento, de Ascasubi, de Mansilla y otros). Los demás estudian autores canónicos y no canónicos del siglo XX (Julio Cortázar, Victoria Ocampo, Antonio Di Benedetto, Darío Canton y Rodolfo E. Fogwill). Aunque no parece haber relación temática entre los ensayos sobre el siglo XX, los otros sobre el siglo XIX exploran cómo la retórica ensayística y los tru-

cos literarios servían como armas políticas en una batalla discursiva sobre el derecho de describir y dirigir la nación. De interés particular es el papel de la literatura gauchesca la cual Schwartzman examina en “*Paulino Lucero* y el sitio de ‘La refalosa’”, “Unitarias y federales en la pasarela gauchipolítica” y “El gaucho letrado”.

En todos los ensayos Schwartzman pone mucha atención en la textualidad (el uso de ciertos recursos estilísticos para crear ciertos efectos) y en la intertextualidad. En “Pólvora y tinta. La estrategia polémica de *Las ciento y una*”, Schwartzman examina las técnicas literarias (el paradójico género de la carta abierta, el calambur, la cita fuera del contexto, etc.) usadas por Sarmiento contra Alberdi las cuales, afirma Schwartzman, lo ayudaron a atrapar al enemigo. Como no pudo establecer un debate con Urquiza para participar en la construcción de la nación posrosista, provocó a Alberdi. Contra la argumentación impersonal y legalista de Alberdi (repleta con numerosas citas bibliográficas), Sarmiento emplea la indiscreción (por ejemplo, abriendo “en la prensa, es decir el espacio público, la correspondencia privada que le había dirigido su rival, cuando aún no lo era” -47). Esta es una táctica entre varias que impidieron que Alberdi respondiera de manera convincente ya que su propio discurso legalista/académico que defiende como “baluarte seguro” no le da los recursos retóricos necesarios. Según Schwartzman, las tácticas sarmientinas ganan la batalla por “[h]aber logrado ... lo que no fue posible con Urquiza. Haber creado un contradiscurso a su medida. Haber forzado al otro [...] a escribir el nombre *Sarmiento* [...]” (59), es decir, a reconocer su voz en el campo del debate nacional.

Schwartzman explora las tácticas discursivas de otros autores en “Unitarias y federales en la pasarela gauchipolítica”. Este genial ensayo habla de la intersección entre el género y la gauchipolítica. Más específicamente investiga cómo los textos unitarios (como *Amalia*) y federales

(la gaceta *El Torito de los muchachos*) se aprovechaban de la imagen e incluso de la voz de la mujer para criticar a sus rivales. Dice Schwartzman: “No me voy a ocupar (casi) de mujeres, sino de hombres que escriben sobre mujeres, o que escriben como si fuera una mujer quien escribe o habla, o que dicen “mujer” para hablar de otro, es decir, hacen cosas con la palabra “mujer” o con las palabras que nombran los desvíos de lo masculino” (118). Además de ser bastante interesante, su enfoque en el discurso genérico es oportuno. Los críticos canónicos de la literatura gauchesca (Rama, Ludmer) ignoran este tema —una ausencia sorprendente dado su interés en cómo los burgueses urbanos que la escribieron se apropiaban de otras voces. Ni siquiera el excelente libro de Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina* (1992) que discute “los usos de lo femenino a servicio de los ideales liberales” (25) analiza la literatura gauchesca. Así, este ensayo de Schwartzman abre un nuevo campo crítico muy fértil que puede ampliar nuestro entendimiento de la relación entre género, literatura y la construcción de la nación.

Schwartzman es un lector muy hábil y ofrece interpretaciones penetrantes. Su método aprecia las sutilezas de los textos que examina y le permite resaltar sus ironías. En “Unitarias y federales...”, Schwartzman menciona cómo varios “gauchos gaceteros” (tanto unitarios como federales) incluyeron versos paródicos supuestamente escritos por la mujer de su enemigo político. Al imitar la voz de la mujer del otro para burlarse del enemigo (de la enunciación cruda de la “federala”; de la falsa piedad de la “unitaria”), los autores varoniles también crearon, sin querer, personajes femeninos geniales y atrayentes por su destreza verbal. En otro ensayo, “*Facundo* y la lucha por el sentido”, Schwartzman destaca la admiración que expresaba Sarmiento hacia la creatividad nacionalista de Rosas a la vez que intentaba

apoderarse de Rosas al situarse a sí mismo como su "traductor" o intérprete. Como dice Schwartzman, "[s]i, como admite [Sarmiento] dolorosamente, Rosas construye su poder a partir de su saber sobre la sociedad sudamericana, el saber de Sarmiento sobre Rosas podría permitirle acumular fuerzas hacia un futuro poder y, desde ya, producir una versión de lo europeo más original que la ensayada por los unitarios" (38). De esta manera Schwartzman descarta la interpretación demasiado común de *Facundo* como pura denuncia del caudillo y de la retórica ganadera del rosismo para caracterizar a Sarmiento como un tipo de rastreador-letrado.

Como todo libro de ensayos, provoca las siguientes preguntas: más allá de su interés en los detalles, ¿por qué estos artículos? y ¿cómo se relacionan? Su organización (en orden cronológico según su fecha de publicación o presentación original) no nos da una respuesta satisfactoria. Como he señalado arriba, se puede destacar temas compartidos por los artículos sobre el siglo XIX (época de especial interés para Schwartzman que, con Cristina Iglesia, publicó *Cautivas y misioneros: mitos blancos de la conquista*, en 1987) pero no por los del siglo XX. Al no descifrar una coherencia temática, es fácil menospreciarlos a favor de los del siglo XIX a pesar del extremo valor de algunos como el elegantísimo análisis "Victoria Ocampo: una ínsula para Fani". Este artículo lee a Ocampo por medio de dos detalles fascinantes: 1) su inclusión de un obituario para su criada Fani entre sus recuerdos de importantes intelectuales ya muertos en su libro *Testimonios* y 2) su disgusto por la pieza *Las criadas* de Jean Genet —publicada en traducción en *Sur* y repudiada por Ocampo dos meses después. Al resaltar la dialéctica ama-esclava revelada por estos detalles, Schwartzman explica la maestría y la virtuosidad intelectual de Ocampo como un intento de hacer patente un control que teme no tener.

De hecho, lo que une todos los artículos del libro de Schwartzman es su interés en la intertextualidad, la relectura y la reescritura —es decir, en cómo cada texto se apropia o juega con otros textos. Sugiere Schwartzman en su introducción que el riesgo de trabajar sobre el detalle es que puede crearse "la alucinación de la autonomía" de la literatura y del discurso que la indaga" aunque espera que los vínculos entre texto y contexto "se recuper[en] en otro nivel, en otro lugar o en otra circunstancia" (12). Entiende muy bien las limitaciones de su método, pero tal vez subestima la provocación que ofrece a las vigentes prácticas críticas que favorecen la exploración de cómo los textos se articulan con dinámicas sociales más generales. Sin caer en el culto hermético de la erudición solipsista que se utiliza más que nada para mostrar la grandeza del propio crítico, Schwartzman rescata la utilidad de la lectura cuidadosa al iluminar la complejidad (muchas veces borradas por la lectura ideológica) de los textos.

A fin de cuentas, su libro presenta una visión bastante balanceada. Más aún, por su prosa tan juguetona que evade el lenguaje seco de artículos académicos, Schwartzman nos ofrece un texto encantador. Un placer de leer.

Laura Podalski  
Ohio State University

**Karl Kohut (editor). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt: Vervuert, 1997.**

Éste es un libro que nos trae algo del mejor trabajo académico hispanista en Europa y Latinoamérica acerca de la nueva novela histórica, quizá la revelación más importante de la literatura latinoamericana desde los años del boom. La propuesta que organiza el libro es la conexión que estaba latente desde la